

zaban los de su mujer. La verdad es que doña Sabina, al oír las últimas palabras de su marido, estaba espantosa. Permaneció un instante como vacilando entre responder á su marido con algunas frases ó con un silletazo; pero al último se decidió por exclamar, en el tono más depresivo y humillante que pudo:

—¡Estúpido!

—Bueno, mujer—replicó don Serapio asombrado de que aquella tempestad se hubiera desahogado con tan poca descarga.—Cada uno es como Dios le hizo. Si el plan no te gusta, en paz, y veamos el tuyo.

—No conoces siquiera el terreno que pisas.

—También puede ser eso. Como no me ocupo...

—¿Crees que á la altura en que están las cosas pueden esos chicos permanecer tanto tiempo *así*?

—Según eso, ¿juzgas preferible acortar el plazo?

—¡Animal!

—¡Echa, hija, echa!

—Un abismo es lo que hay que poner entre ambos, y ponerle inmediatamente.

—¡Hola! ¿Pues qué sucede?

—¿Todavía no lo has conocido?

—Te juro que no.

—¿No has sôspechado siquiera que el pelón

de tu sobrino se permite ciertas ilusiones sobre su prima?

—¿Y eso qué?...

—¡Y me lo dices con esa calma!

—¿Por qué no? Si ella se las fomentara...

—¿Y si se las fomenta?

—¡Cáscaras!

—Esto no es asegurarlo, ni siquiera creerlo—rectificó doña Sabina arrepentida de haber ido tan lejos en sus declaraciones.—¡Pues no faltaba más sino que nuestra hija descendiera desde la altura del rango que le corresponde, hasta la ignominia de ese miserable!... ¡Para eso la he educado yo! Pero al cabo es una niña todavía, sin experiencia, y ¿quién sabe hasta dónde puede llegar el tesón del otro, llevado del afán de salir de la miséria á expensas de un partido semejante?

—¿Partido, eh? No lo sabes tú bien.

—Sé que es de los más brillantes de la ciudad, si no el primero, y esto me basta.

—Haces bien en conformarte con eso. Pero volviendo al asunto principal: si á Enriqueta no le preocupa su primo, ¿á qué ese abismo entre ambos?

—Por si llega el caso.

—Eso es muy eventual, Sabina; y por una eventualidad tan remota, no voy yo á arrojar á la calle á un huérfano de mi hermana.

—Pues sábetelo—dijo entonces doña Sabina con visible repugnancia,—aunque la lengua se me atasque al decírtelo, que la una y el otro se... se ¡caramba! se quieren como dos bestias.

—¿Estás segura de ello, Sabina?

—Segurísima... Y ya ves que existiendo esa intimidad tan peligrosa entre ellos, no es decoroso tenerlos habitando bajo el mismo techo.

—Verdad es. Mejor estarían unidos como Dios manda... Quiero decir, separados. Pero ¿cómo?

—¿Cómo? ¿Y me lo preguntas á mí?

—Naturalmente. Al echar á César de casa no has de decir á todo el mundo por qué le echas; y si no lo dices, aun cuando se le vea á mi lado en el escritorio, como ha de vérselo...

—¿Y qué se adelantaría con echarle de casa si se le dejaba volver al escritorio? ¿Tanto dista el uno de la otra?

—¿Pues qué pretendes entonces, Sabina?—preguntó aquí don Serapio vivamente alarmado.

—Arrojarle más lejos.

—¡Abandonarle!... ¡Jamás!

—No he dicho semejante cosa.

—Pues explícate con dos mil demonios, porque tengo el alma que me cabe en el puño.

—Te ahogas en poca agua, Serapio.

—Tengo entrañas, Sabina.

—¿Y no los tenemos los demás?

—Te ruego que concluyas.

—Voy á concluir. ¿No tienes corresponsales... en América?

—¡Sabina!

—¡Serapio!

—¡Adónde vas á parar?

—Déjame concluir. Sobre todo, considera que este caso es caso de honra y de conciencia para todo padre que en algo se estime; que no es, aunque juego de niños, de los que te permiten echarte á dormir hasta que se acaben.

—¿Acabarás tú?

—Es que quiero que te penetres bien de toda la importancia del asunto, y que no le tomes, como acostumbras, por un vano capricho mío.

—Adelante. ¿Qué es lo que, en resumen, pretendes?

—Lo que pretendo es que envíes á César á América.

—Eso es inicuo, Sabina.

—Es necesario, Serapio.

—Me quitas mi brazo derecho; el mayor descanso en el último tercio de mi vida.

—Dios proveerá, como otras veces. Teniendo dinero no faltará quien te sirva.

—¡Teniendo dinero!

—Como lo tienes.

—¡Como lo tengo!... ¡Insensata! ¿Y el porvenir que arrebatas á tu hija?

—¿Qué porvenir?

—César.

—¿De cuándo acá es César un porvenir?

—Desde que es bueno, honrado é inteligente.

—No tiene un cuarto.

—Á mi lado podría hacer un caudal.

—Mejor le hará en América; y á fe que para mandarle volver, *si es rico*, siempre hay tiempo.

—Pero y tu hija, si es cierto que le ama, ¿qué será de ella?

—Mi hija... y la tuya, es una niña todavía, y con el mismo afán con que se entrega á un capricho, se olvidará de él. En todo caso, eso corre de mi cuenta, y yo te aseguro que antes de un año me dará las gracias por haberla separado de semejante peligro.

—¿Luego cuentas ya con esa separación?

—Resueltamente, porque es indispensable.

Don Serapio quiso todavía resistirse; pero con un carácter como el suyo y un enemigo como el que le acosaba, toda lucha era imposible. El asunto podía ser de inmensa transcendencia, y el apocado marido no le veía «bastante claro» para decidirse á hacer, en honor de la justicia, una hombrada que necesariamente había de ser causa de una serie infinita é insoportable de tempestades domésticas. La

verdad es que reflexiones como ésta se las hacía él á cada dificultad que le ofrecía el genio diabólico de su mujer; y así se le iba pasando la vida sin hacer la hombrada que tan bien hubiera sentado á su autoridad, y tantos desastres le hubiera evitado hecha á tiempo.

Armóse, pues, de toda la gravedad que juzgó del caso, y atrevióse únicamente á decir á su mujer:

—Puesto que tan necesario lo crees, hágase... Pero entiende que yo lavo mis manos; y echando sobre tu conciencia toda la responsabilidad de tan delicado asunto, á tu cargo dejo también la enojosa tarea de prevenírselo á ellos.

—Enhorabuena—exclamó gozosa y triunfante doña Sabina:—verás cómo no me muerdo la lengua ni me paro en remilgos de colegiala.

Y salió como un cohete, dejando á su marido agobiado bajo el peso de aquella nueva desdicha con que quizás el cielo castigaba su falta de carácter, fuente y origen de todas cuantas le abrumaban y consumían.

IV.

No es difícil imaginarse la situación de ánimo en que se encontraría César después del diálogo, que ya conocemos, con su prima. Vein-

te años, rosas y tomillo por ilusiones, y un corazón que, á la edad en que otros estallan al contacto de vulgares desengaños y prosáicas realidades, encuentra en otro, también puro, también virgen, eco dulce y tierna correspondencia para todas sus impresiones y para todos sus más sublimes anhelos. Huérfano sin más porvenir en el mundo que la caridad de su tío, y en una época de la vida en que sentando ya muy mal el trompo en su mano, todavía no caía bien en su cuerpo la librea de los hombres formales, era dueño, absoluto dueño del misterioso impulso de las primeras emociones de un alma como la de Enriqueta, cuyos raros atractivos, como los rayos del sol, nadie ponía en duda. Figurábase que todos los ángeles del cielo habían bajado á buscarle y á buscar á Enriqueta, y que, después de colocar á los dos sobre nubes de nácar y arboles, los mecían en el espacio sin límites, lejos, muy lejos de la tierra miserable, hasta darles por morada venturosa región de perpetua primavera, en la cual correrían sus vidas sin término y sin dolores.

Por tales alturas andaba la imaginación de pobre mozo cuando entró en su cuarto doña Sabina, punzante la mirada, airado el continente y violento el paso.

De un solo brinco puede decirse que descendió de su risueño paraíso tan pronto como vió

á su lado aquella serpiente, y desde luégo creyó que semejante nube no podía menos de aparecerse para tapar el cielo de color de rosa en cuyos horizontes sin medida acababa de perderse su alma enamorada.

—Escúchame, César, y advierte que yo no hablo nunca en broma, —dijo doña Sabina por todo saludo y en ademán airado.

—Diga usted, señora, —contestó el joven, aturdido y trémulo, dando por seguro que su conversación con Enriqueta había sido oída por alguien más que ellos dos y los angelitos del cielo.

—Vivías pobre y miserable al lado de tu madre hambrienta.

—Lo sé, tía; y tampoco ignoro que la pobreza no es deshonra.

—Y ¿qué entiendes tú de eso, mentecato?... Repito que vivías pobre y hambriento en el último rincón de una aldea.

—Y yo insisto en que no lo he olvidado, y no me avergüenzo de recordarlo.

—Añado que tu madre vivía á expensas de una limosna que le pasaba tu tío.

—Mi madre ha muerto ya, señora—replicó César llorando de indignación y de pena,—y no recuerdo que en vida la ofendiera á usted jamás.

—¿Y por ventura la ofendo yo ahora en al-

go?... ¡Ha visto usted, las almas tiernas?—re-
calcó la víbora con una sorna verdaderamente
inhumana.—Ea, límpiense usted los mocos y es-
cuche con el respeto que me debe.

—Ya escucho, señora,—dijo César conte-
niendo mal su emoción.

—Compadecidos de tanta miseria—prosi-
guió la implacable mujer,—te trajimos á nues-
tro lado, te dimos generoso albergue y te colo-
camos á las puertas de un brillante porvenir.

—Nunca he dejado de agradecerlo: bien lo
sabe Dios.

—¡Mucho!

—¿Lo duda usted?

—No lo dudo, lo niego.

—¡Pero, tía!

—Lo dicho, señor sobrino.

—¡Yo ingrato!

—Tú, sí. Ingrato es, y de la peor especie, el
que paga los favores con agravios.

—¡También eso, señora!... ¿Es posible que
yo haya podido agraviar á ustedes!

—Te repito que sí.

—Pero, ¿cómo?

—¿Cómo? Por de pronto, soliviantando el
inocente corazón de tu prima.

—¡No es cierto eso!

—¡Mocosuelo! ¿Aún te atreves á desmen-
tirme?

—Y ¿por qué he de confesar una falta tan
grave si no la he cometido?

—Porque la cometiste. ¿Negarás que hay en-
tre esa chiquilla sin experiencia y tú, cierta?...
No quiero decirlo, porque me indigna; pero ya
me comprendes.

—Cierta simpatía. ¿No es eso lo que usted
quiere dar á entender?

—Y ¿cómo se adquieren esas «ciertas sim-
patías?»

—Eso es lo que yo no sé.

—¿Y nunca trataste de preguntárselo á tu
prima?

Estas palabras hicieron bajar á César los ojos
avergonzado. Jamás se le había ocurrido al sen-
cillo muchacho que fuera un delito hablar de
esas cosas con Enriqueta.

Doña Sabina aprovechó la ocasión que le
ofrecía la actitud de delincuente de su sobrino,
para continuar con más dureza sus apóstrofes.

—Y el acudir á tu prima con semejantes con-
versaciones, ¿no era tanto como tratar de inter-
esarla en tus atrevidos propósitos?

—Le juro á usted, tía, que no comprendo lo
que eso quiere decir.

—¡Miren el hipócrita!... ¿Si querrá también
que le regale yo el oído!... ¿Cuándo pudiste so-
ñar que la hija de su madre llegara jamás á ser
la señora de un piojoso como tú?

Al oír este brutal apóstrofe creyó el pundonoso muchacho que el corazón se le partía en pedazos; sintió como hielo fundido que circulaba con su sangre, y hasta cayó en la cuenta de que su tía hablaba llena de razón. ¿Qué títulos tenía él, ciertamente, para ocupar todo un corazón como el de Enriqueta? Antes de aventurar confianzas como las que había depositado en su prima; antes de prestar oídos á las palabras de ésta; antes, en fin, de dar fomento á ningún género de ilusiones como las que él se había forjado, debió considerar su pequeñez, su procedencia y su oscuro porvenir. Creyó de buena fe que su tía le apostrofaba llena de razón, y no teniendo valor ni para disculparse, echóse á llorar con todo el desconsuelo propio de un niño, como, no obstante la edad, era él todavía.

—Bueno es el arrepentimiento—díjole entonces doña Sabina aparentando mostrarse más blanda;—pero eso no basta en este caso: se necesita mucho más. Y no vayas á creer que yo doy importancia á esas niñerías porque me proponga corregirlas á tiempo, como es deber mío. Por de pronto, no creo conveniente que, después de la formalidad que tu prima y tú habéis dado á ese juego, sigáis habitando la misma casa.

—Con lo que usted me ha dicho antes—contestó entre sollozos el maltratado chico,—hay

más de lo suficiente para comprender que no debo vivir ya en esta casa, aunque fuera de ella me faltara pan que llevar á la boca.

—Bien; pero como de nada serviría que trocaras esta casa por otra si seguías frecuentando el escritorio...

—¿Pues de qué se trata entonces?—preguntó César aterrado.

—Tranquilízate, que no se te arrojará á la calle para que te recoja la caridad pública. Irás fuera de aquí, pero bien recomendado y adonde en poco tiempo puedas, con honradez y trabajo, crearte una posición.

—¿Y qué país del mundo es ese?—preguntó el atribulado joven, pálido como la cera.

—Por ejemplo... América,—respondió la despiadada mujer, estudiando en su sobrino el efecto de sus palabras.

Y mientras éste buscaba un punto de apoyo con su mano para sostenerse de pie, tras una breve pausa, durante la cual los ojos suplieron con ventajas á la lengua, concluyó su tía con estas palabras que no admitían réplica:

—Conque ve disponiéndote para el viaje, porque *estamos* resueltos á que le emprendas en el primer buque que salga del puerto para la Habana.

Tras esto y una mirada rencorosa y torcida, salió de la habitación dejando á su infeliz

sobrino en el estado que puede figurarse el pío lector.

Del cuarto de César pasó como un chubasco al de Enriqueta, á quien habló del propio asunto y con la misma bondad que había usado con su primo. La pobre chica tampoco tuvo valor para disculparse. Á las primeras palabras de su madre cayó vencida, como débil arbusto á los embates del huracán. Pintóle hasta como pecado mortal su debilidad de corresponder al afecto profano de su primo, y lo creyó; pero no dejó por eso de recibir como una puñalada la noticia de que César iba á abandonar aquella casa, y hasta la patria, acaso para siempre.

Terminado este segundo sacrificio, doña Sabina corrió al lado de su marido, que continuaba paseándose meditabundo.

— Todo está ya *arreglado*— le dijo muy satisfecha.— César comprende la situación de las cosas y quiere marcharse á América cuanto antes. Conque ocúpate desde mañana en preparar su viaje.

— ¿Y Enriqueta?— preguntó don Serapio sin dejar su paseo y sin mirar á su mujer.

— Enriqueta— contestó con desgarro doña Sabina,— es una chiquilla con quien no se consultan ciertas cosas: se le mandan y nada más. Está enterada y conforme; y esto te excusa de hablar una sola palabra con el uno y con la otra.

— Corriente— dijo don Serapio siguiendo su paseo. En seguida se detuvo, y mirando con fijeza á su señora, exclamó:— Pero vuelvo á repetirte que dejo á tu conciencia toda la responsabilidad de este acto.

Y volvió á pasearse, creyendo sin duda que con esto había dicho bastante y hecho cuanto le correspondía.

Doña Sabina entonces miró á su marido con despreciativo gesto.

— ¡Majadero!— murmuró entre dientes, volviéndole la espalda.

En seguida tomó el rumbo de su gabinete, tan tranquila y tan serena como aparece el mar después de haber hundido en sus abismos cuanto halló al alcance de su furia desenfrenada.

V.

Muy pocas semanas después de estos sucesos, salía de aquel puerto una fragata con rumbo á la Isla de Cuba. Entre los pasajeros de popa iba César que, con los ojos empañados por las lágrimas, miraba al pueblo que abandonaba, tal vez para siempre. En aquel pueblo quedaba todo cuanto le había hecho hasta entonces risueña la vida: Enriqueta y su tío.

Toda la vigilancia de doña Sabina no había

podido impedir que el enamorado mancebo hallase un instante oportuno para decir algunas palabras de despedida á su prima.

—Por el delito de quererte—la había dicho, —me arrojan de tu lado, y por el de ser pobre se me prohíbe pensar en el porvenir que los dos habíamos soñado. Pues bien; si para quererte se necesita tener mucho dinero, yo voy á trabajar para adquirirlo. Cuando lo adquiriera, ¿dónde estarás tú, Enriqueta?

—Aquí... ó allá arriba,—había contestado la joven, muy bajito, estrechando con una de sus manos la que le tendía su primo y señalando al cielo con la otra.

—Entonces, *hasta luego*,—había añadido el animoso joven, con una entereza impropia de sus años, pero no del purísimo afecto que hacía latir su noble corazón.

Después se habían separado llorando.

Don Serapio, por su parte, había hecho en aquellos momentos, de prueba para él, cuanto un padre pudiera hacer por su hijo; y en rigor, al marchar César á América no hubiera debido quejarse de su suerte, sin las circunstancias que le obligaban á emprender el viaje y sin la consideración de que en su patria y junto á la única familia que le quedaba, podía haber hallado, trabajando, la posición social que anhelaba en sus modestas ambiciones.

VI.

Pudiera decirse que desde el mismo día en que César abandonó la patria, comenzó doña Sabina á poner en ejecución el plan que había ideado para arrancar del corazón de su hija hasta el recuerdo del malaventurado chico; y como aquella mujer todo lo subordinaba al fausto y al relumbrón, dicho se está que de este género fueron las armas que eligió para vencer al enemigo que la quitaba el sueño.

Si antes iba al teatro dos veces por semana, desde entonces fué siete; á cada cambio, no ya de estación, sino de temperatura, nuevos trajes para la niña... y para su madre; recepciones suntuosas en su casa; asistencia á cuantas se celebraban en las del gremio, sacrificando al objeto viejas antipatías é inveterados odios. En el otoño á Madrid; por Semana Santa, á Sevilla; en el estío, á *las Provincias*; en invierno, á París, y en París y en las Provincias y en Sevilla y en Madrid, el oro á torrentes y las galas á montones.

—Ya ves, hija mía—decía con frecuencia á Enriqueta la *amorosa* madre,—el rey del mundo es el dinero: por él brillas en la sociedad; por él acuden adoradores al resplandor de tu

belleza; por él viajas, gozas y aprendes; eres la admiración de las pobres y la envidia de tus iguales. Con una posición menos brillante que la tuya, estarías metida en el rincón de tu casa; llegarías á ser la esposa de un modesto traficante, ó de un abogado de talento; pasarías la vida sufriendo la pesada carga de tus hijos, y acabarían por hastiarte las virtudes de tu marido, si no te llevaba al mundo y no podías hacer compatibles las tareas de la madre con los triunfos de la gran señora. Por eso te encargo como madre *tierna* y te aconsejo como amiga *cariñosa*, que no te dejes vencer nunca de los impulsos de tu corazón de mujer; que estudies bien á los hombres que se te acerquen, y que, en la duda, si duda puede haber en esto, te decidas siempre por el más rico, sin que por eso te hagas esclava de ninguno. Á esto te obligan tus conveniencias, la sociedad en que vives y el nombre que llevas.

¿Labraban algo estos peregrinos consejos en el ánimo de Enriqueta, ó seguía ésta llenando su corazón con el recuerdo del *pobre César*? No es prudente llegar ahora á tales profundidades con el escalpelo de las conjeturas. Baste declarar, y eso porque *se veía*, que Enriqueta, en la plenitud entonces de su belleza, no mostraba la menor repugnancia á seguir la senda en que la había colocado su madre. El continuo trato de

tan diversas gentes, habíala hecho perder el natural encogimiento de sus años primaverales, su aire meditabundo y su aversión á la bulla y á la agitación de los centros del mundo elegante. En cambio había ganado una multitud de recursos atractivos, hijos del arte de agradar á los hombres y desesperar á las mujeres menos *artistas*; recursos que, por de pronto, revelan en quien los posee afición y desenvoltura. Sabía como ninguna hacer crugir, andando, la seda de su vestido; entretener largo tiempo con agudezas y discreteos una corte de aduladores; cantar al piano una *romanza* sentimental ó unas seguidillas picantes, con todo el donaire de una consumada artista, aun cuando la escuchara un público desconocido; y, por último, esgrimir los ojos, la morbidez del brazo, la pequeñez del pie y la flexibilidad del talle, con una fuerza de encanto irresistible. Pero á la vez, preciso es confesarlo si hemos de ser escrupulosos historiadores, no perdía ocasión de preguntar á su padre si César escribía, si estaba bueno y si andaba ya en camino de llegar pronto á la fortuna. Á lo cual respondía siempre el pobre hombre que su sobrino continuaba siendo tan cariñoso; que no tardaría en ser rico y en volver al país, y que en sus cartas siempre le preguntaba por todos y *cada uno*. ¿Quería don Serapio (que sin embargo decía la verdad) mantener vivo en su hija el fue-

go de la combatida pasión, para llevar adelante su contrariado proyecto, ó simplemente responder á las preguntas que se le hacían? Y estas preguntas, ¿eran hijas de un sencillo deseo de ver cuanto antes al ausente, ó de un afán de que éste fuera muy rico para, en caso muy probable, preferir, en la necesaria elección, lo que, sin salir de los preceptos de su madre, no repugnase á su corazón? Vaya usted á adivinarlo.

Lo que no ofrece duda es que al cabo de seis años pasados por doña Sabina en constante despilfarro, la casa de su marido no pudo con ellos: llegó don Serapio á no hallar ya puntales con qué sostenerla, y no tuvo más remedio que armarse de valor y decidirse, por primera vez en su vida, á hacer la consabida *hombrada*, convencido de que antes de pocos meses tendría que presentarse á sus acreedores y declararles toda la verdad.

En tan amargo trance, cerró los ojos y abordó á su mujer con estas palabras, por toda introducción:

—¿No se te ha ocurrido jamás la idea de que podía llegar un día en que, por la adversidad de la suerte, ó por la imprudencia de los hombres... y de las mujeres, ese filón que viene surtiéndote de oro sin tasa se agotara de repente?

—Nunca se me ha ocurrido semejante idea— respondió con la mayor serenidad doña Sabina.

Pero tornándose luégo hosca y altanera, preguntó á su vez:—Y ¿por qué se me había de ocurrir?

—¿Por qué? Porque es una idea muy puesta en razón.

—Una idea como tuya, y nada más.

—Una idea que puede realizarse á la hora menos pensada.

—¡En tu casa! ¿Es ella, por ventura, de apariencia? ¿Somos nosotros ricos de pega, ó de ayer acá? ¿No es tu fortuna la primera del pueblo?

—Pero las fortunas se quebrantan... y se concluyen.

—¡No la tuya!

—Como otra cualquiera, Sabina.

—Pero aunque eso sea, ¿por qué quieres, así tan de repente, que me ponga yo á meditar sobre ese ridículo tema?

—Porque es indispensable, no solamente que medites, sino también que ajustes tu conducta á esa meditación.

—¿Estás loco, Serapio?

—¡Ojalá lo estuviera!

—Pero ¿qué sucede?

—Que esos temores están á punto de ser un hecho, Sabina.

—¡Jesús nos ampare!

—Y que si no pones coto á tus despilfarros, y acaso aunque le pongas, antes de seis meses me presento...

—¡Acaba!

—En quiebra.

—¡Imposible!—gritó doña Sabina en un arrebato de soberbia.—Tu casa no puede quebrar... Yo no puedo dejar de ser rica... Yo no puedo reducirme á las estrecheces de una mujer cualquiera... Tú tienes obligación ¡entiéndelo bien! de vencer todas las dificultades que se opongan al brillo de tu familia.

—He aquí el fruto de mis contemplaciones... He aquí bien patente la mano de Dios,—exclamó el desdichado comerciante dejando caer su cabeza sobre el pecho.

—Pero ¿y el mundo? ¿Qué dirá el mundo si nos ve caer de tal altura?—insistió la soberbia mujer, mirando como una fiera á su marido.

—¡Ahora te acuerdas del mundo!... ¡ahora le temes! ¿Por qué no le temiste antes? ¿Por qué te dejaste seducir por él?

—¿Serás capaz también de echarme la culpa de tus torpezas?

—¡De mis torpezas!

—¡Sí, de tus torpezas!... Una mala dirección, una inteligencia tan... tan estúpida como la tuya, son siempre la causa de los malos negocios; no los miserables gastos de una pobre mujer, esclava de sus deberes.

Y la insensata lloraba de ira.

—¡Mientes!—gritó fuera de sí el manso don

Serapio, oyéndose tratar con tan negra injusticia.—Los azares de la suerte las menos veces, y las más el constante, espantoso saqueo que has estado haciendo en mi caja, han sido la causa del desastre... ó pueden llegar á serlo, si mis temores, bien fundados, se realizan.

—¿Luego todavía no ha llegado ese caso?—exclamó anhelante y menos ensoberbecida ya doña Sabina.—Quizá podrá evitarse...

—Pues ¿qué estoy diciéndote, mujer diabólica?

—Y ¿crees tú—prosiguió ésta sin darse por entendida del piropo,—que con alguna economía en casa?...

—No creo que eso sólo pueda bastar; pero en el trance en que me veo, quiero, aunque me haya acordado tarde, echar mano de todos los recursos que estén á mi alcance.

—Y el de las economías...

—El de las economías es el primero que exijo, hasta por razones de delicadeza.

—No comprendo esas razones.

—Ni lo necesitas. Lo indispensable son economías, y éstas, yo te lo aseguro, las habrá desde hoy.

—¿Y Enriqueta?

—Enriqueta no necesita saber nada por ahora.

—¿Y si desea vestirse... ó un capricho?

—¡Vestirse!... ¡cuando tiene su ropero abarrotado! ¡Caprichos! Enriqueta no los tendrá si su madre no se los propone.

—¡Serapio!

—Me tienen ya sin cuidado tus furores. ¡Ojalá me hubiera pagado siempre de ellos lo que me pago en este instante!

—¡Estos son los hombres honrados!—exclamó aquí doña Sabina, llorando, no sé si de despecho ó de dolor.—Cruelles, sin corazón, cuando nos ven agobiadas por la desgracia.

—Estos martirios, Sabina, no los damos los hombres. Suelen venir de más alto. ¡Harto será que en esta ruda prueba no estemos pagando todos el mayor de tus pecados y la más indigna de todas mis debilidades!

—¿Qué pecado tan horrendo puedo haber cometido yo que merezca el infamante castigo de ser pobre?—rugió doña Sabina en un arrebato de desesperación.

—Muchos—le replicó don Serapio indignado:—por de pronto, el de la soberbia que te dicta esas palabras insensatas, y después, el de arrojar de tu casa inicualemente á mi pobre sobrino, porque no era rico y estorbaba á tus planes.

—¿Por qué lo consentiste?

—Ese es precisamente el pecado de mi debilidad, pecado que, con el tuyo, ha traído el

desastre sobre mi casa. Esta es la verdad. Cuida ahora de no perderla de vista si hemos de evitar mayores desventuras.

Dicho esto, salió don Serapio y cayó su señora en un estupor casi de idiota, del cual no volvió sino para meterse en la cama y pasarse en ella dos días, alimentándose el alma con haraposas visiones, y el cuerpo con tisanas.

VII.

Por aquel entonces había llegado al pueblo, como un aerolito, sin saberse de dónde ni por dónde, un personaje que, por más de un concepto, estaba siendo el tema obligado de todas las conversaciones y el objeto de la conversación de todos los círculos, tertulias y corrillos de la ciudad.

Según *unas*, pasaba de los cincuenta; según *otras*, no llegaba á los treinta y ocho. Según éstas, era elegante; según aquéllas, era charro, aunque todos convenían en que era espléndido y ostentoso. Algunos aseguraban que venía á comprar media provincia para titularse; *algunas*, que sólo trataba de casarse. Las costureras y modistas le suponían de humildes aspiraciones; las señoritas, de aristocráticos humos.

Unas decían que, *bien mirado*, era feo; otras